

—¿Y cual es, querido Doctor, la monomanía de este pobre hombre?

—Es muy rara la locura de este infeliz, que consiste en odiar á la humanidad y en convertir todo su odio en afecto para ese perro que ve usted á su lado. ¡Ah! es una historia bien triste, ahora la conocerá Ud. y....

Este diálogo fué interrumpido por los ladridos del can anunciando á su amo que gente extraña se acercaba.—¿Qué sucede Leal, dijo el loco dirigiéndose á su perro. ¿Se acerca algún hombre? Leal repitió sus ladridos ya más fuertes, y como queriendo ractificar su aviso, ¿Si? pues huyamos.

No corra, mi buen Miguel, le gritó el Doctor, que nosotros somos, también, otros desgraciados, que como Ud. padecemos las injusticias de la humanidad y lo mismo que Ud. odiamos, á la que supo prodigarnos tantas calamidades.

—¡Ah! si es así, les espero.—Yo compartiré con Udes. todas sus penas. Leal y yo seremos sus buenos compañeros, en este destierro, á que la ingratitude de nuestros semejantes nos han condenado.

Y no tachen de locura esta apreciación mía, de convertir en semejante nuestro al noble Leal. ¡Cuántos seres, de esos que habitan en sociedad sufriendo sus calamidades ó disfrutando de sus delicias, no podrían competir con mi perro en nobleza, lealtad y sentimientos!

Leal como dando gracias á su amo, por el pagnegórico que de él había hecho, lamio las manos de su defensor.

Es una odisea, continuó el loco, la mía, que avalora las virtudes de mi perro y señala, bien á las claras, las miserias de esta Sociedad. Oigan y pronto han de ver si es cierto cuanto yo digo.

II

Una mujer tiene la culpa de las muchas desdichas que hoy sobre mí pesan.—¡Adela! Era la muchacha más bonita que en el mundo ha existido. Diríase al verla y al conocer sus maldades después, que la Naturaleza había confundido los encantos de un angel con los horrores de Satanás. Apasionados por aquellos no tardé en ofrecerla todo mi amor.

Mis padres conociendo mis pretensiones y la vehemencia propia de los pocos años, trataron, inutilmente con sanos consejos de hacerme comprender el gran desatino que iba á llevar á efecto uniendo mi existencia á la de la libertina mujer que tanto me enloquecía.

Tarea inútil para mis ancianos consejeros, porque todos aquellos ultrajes á ella antojábanseme alabanzas á su hermosura.

En este combate sostenido entre las ideas sugeridas por la razón y los amorosos impulsos del

alma, vencieron éstos. Y un día, día aciago para mí, convertí en esposa mía á la que era señora de mis pensamientos, á la coqueta Adela.

Desde esta fecha, las desgracias y calamidades que sobre mí pesaron fueron innumerables.

Mis padres jamás perdonaron mi desobediencia. Y hasta mi madre, aquella santa señora, admiradora del heroico arrepentimiento de la Magdalena, é incrédula de las virtudes de la mujer contemporánea, dejó de prodigarme sus consuelos, que tanto alentaban mi alma joven.

¡Cuán crueles fueron y cuanta razón tenían para serlo, mis pobres viejos!

Con mi casamiento aumentaron las liviandades de Adela. En mi amor ciego por ella, creía razonables sus locuras y caprichos y me desvivía por complacerla. Algún amigo pretendió despertar de mi ánimo la duda sobre la fidelidad conyugal de Adela. ¡Vano empeño!

Me tienen envidia, decíame, y rompía relaciones casi fraternales.

Y Adela gastaba y triunfaba, y yo trabajando como un negro en la casa de Banca. ¿Para qué? El trabajo honrado no producía lo bastante á satisfacer las exigencias del lujo y de la coquetería de Adela.

Llegué á entraparme.

III

Con la primera deuda coincidió un suceso que alegró toda mi alma, no solo porque llenaba la aspiración más natural y legítima mía, sino por que al ser madre Adela de una hermosa niña, entendía yo que había de entrar en un periodo de paz y tranquilidad y que dedicaría todo su tiempo, antes en diversiones entretenido, al amor tierno y sencillo de su hija ¡Vana presunción!

Adela tornó á ser la misma.—Su hija fué la causa de mayores dispendios.—Volvieron las reuniones, los teatros y los paseos á estar en vigor, las atenciones sociales impedían á Adela calentar aquel hogar en que crecía y desarrollaba un pedazo de su alma.

Yo llamaba frecuentemente su atención acerca de sus deberes maternales, yo la exponía las dificultades de nuestra situación económica, creciente cada día, yo la excitaba á que variase de conducta en obsequio á nuestra hija. Ella me escuchaba atenta. A veces me acariciaba exclamando: ¡Que bueno eres! Otras se disgustaba y decía: ¡Ya no me quieres! Y entonces no podía remediarlo, la miraba y un mundo me hubiera parecido poco para ponerlo á sus pies. ¡Era tan hermosa!

Seguía la vida dispendiosa y agitada.

El incumplimiento por mi parte de cierta cláusula de una escritura de préstamo, me originó un proceso y auto de prisión. Mi entrada en la cárcel costó la vida á mis padres.